

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA COLERA DEL PUEBLO

Ó LA CIUDAD EN ERUPCION



MAUCCI H^{OS} MEXICO

* * * **BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO** * * *
Segunda serie.—Descubrimientos y conquistas

LA CÓLERA DEL PUEBLO

Ó

LA CIUDAD EN ERUPCIÓN

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—*Primera del Relox, 1*

1899

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



La cólera del pueblo



Vais á saber, amigos míos, la espantosa catástrofe que conmovió como nunca al pueblo azteca, allá en la terrible época en que la ciudad de Tenochtitlan se encontraba invadida por los españoles al mando éstos del bravo y audaz aventurero Hernán Cortés.

¿Cuál será esa catástrofe ó esa desgracia que tanto conmovió á toda la ciudad antigua, á la esplendorosa Metrópoli que era entonces tan hermosa, grande, pintoresca, menumental y populosísima?... ¿Cuál será el acontecimiento que al fin por primera vez perturba á las muchedumbres del pueblo, á los comerciantes y hasta á los mismos nobles tecuhtlis, los príncipes y capitanes del imperio?

...Oíd, oíd, oíd! ¡Siniestros rumores cruzan las plazas y corren sombríamente por las ca-

lles, atravesando por los grandiosos puentes, los canales henchidos de negras y espumosas aguas!...

Es algo como horrendo fragor de tempestad el que se va hinchando en los hálitos del viento de la noche, es algo como un rugido inmenso y formidable el que sopla en la portentosa ciudad... y á veces se asemeja el fragor que producen las olas del oceano al estrellarse cólericas y rápidas contra el granito de los acantilados de las costas!...

Y todos aquellos ecos estruendosos que van creciendo, creciendo, se convierten en formidables gritos lúgubres de huracán, alzándose del fondo sombrío de la ciudad de México como el lúgubre presagio de una gran catástrofe! ¡Oid... oid... sigue el fragor!... ¿Qué pasa? Oh! si que es lo que pasa en la Metrópoli azteca, en la orgullosísima ciudad dominadora y emperatriz de las demás ciudades del Anahuac...! Sigue el estruendo.

Sus calles parecen cuencas de ríos que de repente y por efecto de tempestuosos chubascos y crecidas súbitas exhalan el vocerío implacable y estentoreo de las olas, sacudidas á intervalos por los truenos de los rayos...

Hay que advertir mis buenos amigos que toda la siniestra instrumentación de la colosal sinfonía de las muchedumbres precipitadas con frenesí por las calles y plazas de «Tenochtitlan» se verificaba en plana sombra... en

las tinieblas más negras... ¡Era como si cien mil leones rugiesen al mismo tiempo, fustigados por relámpagos y latigazos de rayos, allá en el fondo de una obscurísima caverna...! Porque la ciudad volvía luego á las sombras, sacudida por la cólera de las muchedumbres que aullaban, aullaban rabiosas, amenazadoras y terribles. ...¡Ay! ...á veces, cuando mejor se escuchaba el tremendo rugido de «Tenochtitlan» en la obscuridad parecía como el cráter de un volcán que vomitara ahllidos, cóleras, sombras, imprecaciones, nubes, horror y delirios de carcajadas brutales!...

¡Oh! ¡cuadro horrible!... ¡Oh! ¡lúgubre escena espantosísima! ¿quién sería capaz de pintar aquel espectáculo?



¿Qué pasa en la capital del imperio Mexicano?...¿Porqué la ciudad de Tenochtitlan quieta siempre á las horas del día, se ha convertido subitamente en la boca invisible de un grandioso volcán estallando con estruendos formidables en medio de las mayores sombras?

¿Qué pasaba?... ¿A qué tan colosales rumores que parecían correr vertiginosamente, arrancando cóleras y delirios, haciendo palidecer los astros en el obscuro terciopelo de la bóveda infinita?...

¿Qué pasa?...

...Nada más sencillo, amiguitos, lo que pasa en aquella ciudad colosal entonces se explica muy fácilmente.

¡Era que estallaba la cólera de un pueblo!
¡Era la indignación suprema!

¡Ah! la cólera de un pueblo!... ¡La rabia de la multitud que ha sido sumisa, pacífica, humilde, resignada y con todas las abnegaciones de heroísmo, virtud y resistencia que hacen de los pueblos maravillas estupendas de asombrosos espectáculos, la cólera de esos pueblos que parecen dóciles, dormidos, acaso, acaso hasta muertos, es formidable!

¡Es lo más espantoso que pueda imaginar el espíritu!...

Y ya lo sabéis... ¡La ciudad de México tenía cólera!... Su pueblo, sus hombres grandes, sus héroes, sus magníficas mujeres, todo lo que formaba su grandeza parecía despertar prontamente y protestar contra la inmensa infamia de su emperador Moctecuhzoma Xocoyotzin... El, el rey antes tan amado entregaba vergonzosamente á la nación azteca, dándola á sus enemigos!...

Sí... lo que pasaba era que ya el pueblo sabía que los españoles habían ido al palacio del emperador, que allí Cortés había hablado con el monarca y le había propuesto que fuera su prisionero... y elevarlo con hierros en las manos y escoltado por sus capitanes blancos hasta el otro palacio, hasta el grandioso

alcázar de «Axayacatl» para tener allí al gran *Tecuhtli* del imperio... vilmente sugeto y encarcelado por sus propios huéspedes, por los mismos á quienes había enriquecido y colmado de favores y grandezas... Ya todos los mexicanos sabían semejante espantosísima afrenta; y sabían que el vil emperador no se había levantado con cólera sagrada protestando contra semejante audacia, contra aquel inaudito crimen... ¡Todos los aztecas de Tenochtitlan conocían ya la gran infamia y sabían que su monarca aquel tremebundo y feroz «Moctecuhzoma» que condenaba á muerte al infeliz que tenía la desgracia ó desacato de mirarle cara á cara, sabían todos que este sanguinario rey había accedido á todo; se había dejado prender, con lágrimas en los ojos... Y que por fin se encontraba preso en el palacio «Axayacatl», donde vivía la insolencia de los hombres blancos!...

¿Comprendéis ahora la causa de aquella cólera del pueblo azteca?... ¿Comprendéis por fin porqué se aiborotaba el pueblo como un mar en calma, enfurecido de pronto por las ráfagas repentinas de una feroz tormenta?...

¡Pocas, muy pocas veces el pueblo azteca había manifestado tanta indignación, como cuando supo que su rey, reverenciado por todos como si fuera el padre bendecido de una gran familia, había sido llevado preso por los mismos extranjeros!... ¡Por eso estalló siniestramente

su cólera!... Por eso las muchedumbres se aglomeraban en las principales plazas, en los puentes y aun en las anchas y larguísimas canoas que surcaban los canales.

¡Todos rugían protestando y del conjunto de aquel pueblo indignado contra la infamia de su rey se escapaba el rugido estentóreo del león en plena furia salvaje!...

* * *

—¡Al palacio de «Axayacatl», al palacio de «Axayacatl!» gritaban todos furiosamente, tratando de ir á arrojar á los aventureros blancos y salvar al monarca, que éstos habían hecho prisionero. La muchedumbre llevaba largos leños encendidos...

—¡Recobremos nuestro valor y nuestro orgullo! ¡Hacia el palacio de «Axayacatl!» gritó un joven de gallardo aspecto. ¡Fuego al palacio!

—¡Deteneos, deteneos, amigos! Esperad un momento, exclamó de súbito un mancebo casi desnudo, pero también con digno aspecto... Llevaba en su pecho infinidad de cicatrices... ¿Qué príncipe, qué *tecuhtli* misterioso sería aquel?...

—¿Quién eres tú que así nos marcas la infamia de contenernos cuando vamos á salvar á nuestro grandioso Emperador?

—¡Lo sacaremos y haremos quemar el pala-

cio y á los blancos! le dijo el gallardo joven primero, que era el que más entusiasmo manifestaba para con la multitud del pueblo, ébrio de cólera... ¿Quién era aquel que se atrevía con tanta audacia á contener á las muchedumbres encolerizadas con tanta justicia?

Sin embargo de que intentaron destrozarlo, él, el semidesnudo, lanzó su voz como un torrente y exclamó con elocuencia, agitando en el viento un inmenso *ocotl*, que ardía como una antorcha:

—¡Deteneos, valientes aztecas!... ¿Qué vais á hacer?... ¿A querer salvar nuestro monarca?... Mas no sabéis vosotros lo que yo sé... Si él está preso es por «su voluntad»... El lo ha querido... ¡Que se cumplan sus deseos!... ¡Ah! si llegais á querer libertarlo, él saldrá á deciros que está por su gusto! ¡Dejadlo en el lugar de afrenta, que le gusta y que merece!... ¡Sí, mejor!... ¡Un prisionero de nuestros huéspedes no puede ser ya nuestro emperador!... Reúnanse los grandes *tecuhtlis* y los nobles ancianos del imperio para buscar un potente genio capaz de arrojar á esos intrusos que cargan con nuestros tesoros, que arrebatan de nuestros hogares las doncellas... y que tratan de arrojar de los *teocallis* á nuestros dioses!...

No vayais, amigos, á querer libertar á Moc-tecuhezoma... Os lo repito, porque él saldrá á deciros: «¡Fuera de aquí, canallas, no me profaneis; estoy con los hijos del Sol, porque así

me conviene!» Y temblando se volverá á su prisión, mirando como un perro á sus dominadores... Sabedlo, ¡si el rey está preso, es por su voluntad... ya no debe ser nuestro rey! Otro cualquiera habría resistido... y muerto... ¡Es un vil y un cobarde!... ¡Y aún vais á librarle!... ¡Está bien donde se halla!... ¡Escuchad á los ancianos; elegid un rey digno, no un cobarde traidor!

¡Qué honda impresión causó el discurso del desconocido semidesnudo!... Todos los que al momento escucharon su voz tremebunda y que llenaba el espacio, sonora y convincente, todos se sintieron detenidos en su marcha al principio... Y luego, cuando terminó sus palabras, se quedaron convencidos, al mismo tiempo que llenos de tristeza... ¿Qué hacer?

Poco á poco los hombres del pueblo, los *pochteca*, ó comerciantes, los *tlamenres* ó cargadores, los ancianos, ya solo mantenidos por sus hijos ó nietos... los muchachos pobres que anhelaban servir de algo y demostrar su ánimo y talento, todos se fueron tristes, comprendiendo las verdades del desconocido... ¡Todos los que creían ir á exponer su vida para salvar la dignidad de su rey y emperador Moctecuhzoma, todos volvían melancólicos, comprendiendo que aquel vil monarca no merecía, en efecto, la estimación y el amor de sus súbditos!

Conque el rey estaba preso por su voluntad... ¡Miserable!

La cólera se disipó. La gran p'aza de «Tlalte-
lolco» quedó desierta... Las frenéticas multi-
tudes habíanse dispersado; tan solo quedó allí
un anciano, una mujer joven y... el «desnudo»
individuo que de pronto aparecía, pues se había



ocultado cuando lo buscaban... La noche em-
pezaba, y sólo se escuchaba el rumor del vien-
to que llegaba de batir las ondas de la la-
guna.

¡La cólera de los pueblos es como la de los
niños!...

—¿Quién eres, atrevido mancebo, que así has contenido al pueblo? preguntó el anciano, apoyándose en la joven que iba cerca de él.

—¡Ya veis, señor! Un pobre pescador que pudo adivinar lo que había pasado hoy en el palacio de «Axayacatl» por los ademanes de unos b'ancos que quisieron ir en mi canoa hasta Texcoco, pero que me burlé de ellos diciéndoles que allí caía una tempestad... Por sus maneras de accionar comprendí todo lo que decían.. Luego, con señas, les pregunté si nuestro *Tecuhtli* estaba preso; me dijeron que sí, riendo... ¡Ya iba á hacer zozobrar mi canoa para que todo nos ahogáramos, pero comprendí que sería más útil á mis compañeros explicándoles lo que había pasado!... Después, cuando quise decirles que...

Aquí calló repentinamente el joven; retrocedió unos pasos y exclamó en el colmo del delirio, al ver á la doncella que iba con el anciano:

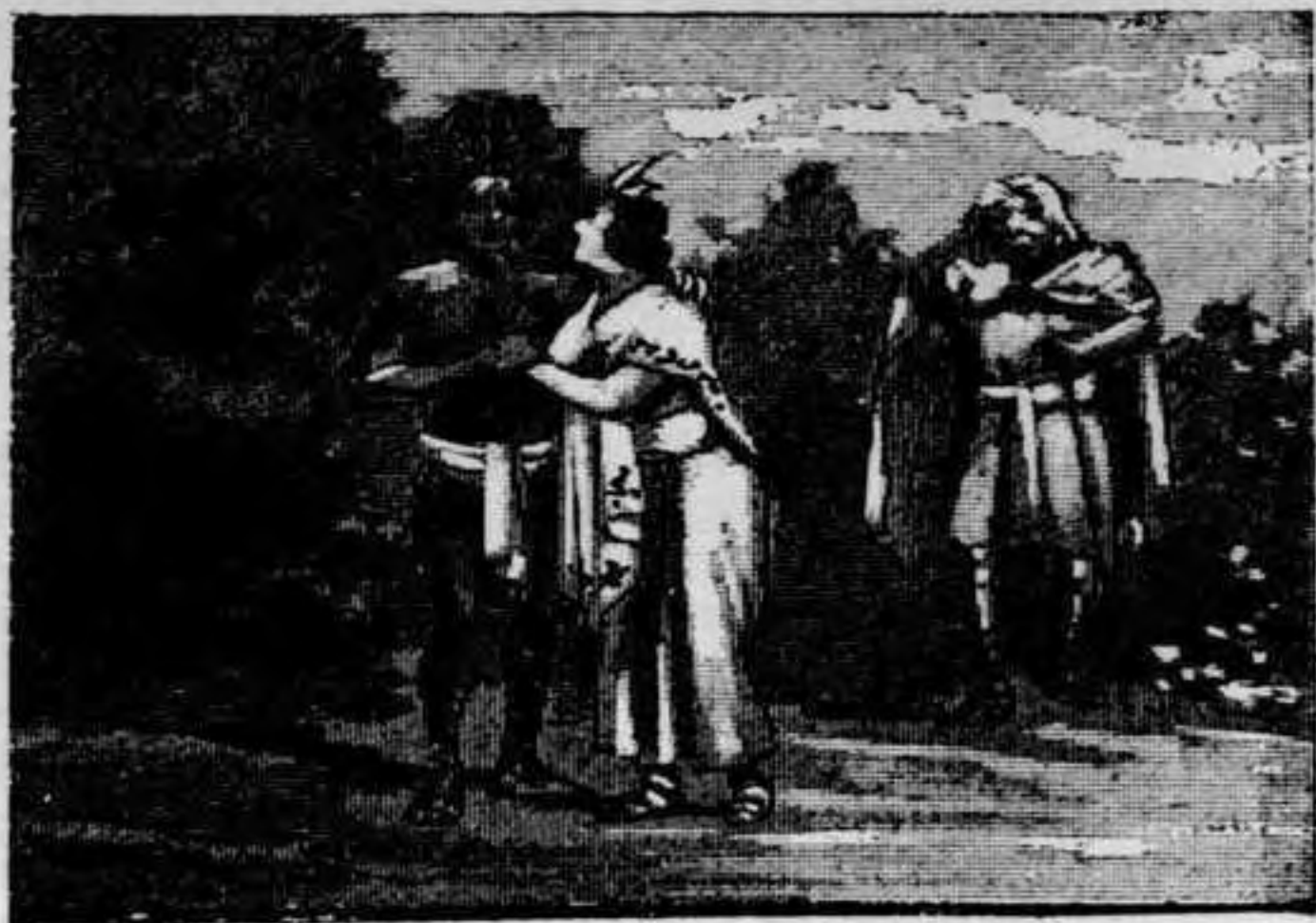
—¿Eres tú, amor mío? ¿Eres tú, esposa mía? ¡Bendita sea la suprema bondad, que me hace encontrararte!

—¡Ah!... y tú, gallardo y valiente remero, eres mi esposo... Ya lo sabía... Y este buen anciano es quien me llevó á buscarte, porque vengo desde la isla de donde tú saliste hace tiempo á procurar la defensa de la patria... ¡Oh príncipe, esposo mío!

—¡Oh amada de mi corazón!...

Y los dos jóvenes se abrazaron, mientras el anciano se retiraba, contemplando aquella mutua felicidad...

¿Quiénes eran aquellos amantes?... ¡Ya lo



habréis comprendido, amiguitos! Eran «Ocelotltzin» y la hija de «Moctecuhzoma», que había estado en un principio, después de huir de la hoguera en que iban á perecer ambos es-

posos (1), ella había permanecido oculta en verjeles preciosos, cerca de las p'ayas del mar, hasta que la princesa «Axempaxodri'l» envió por ella, haciéndola llevar á su reino en la isla del «Ensueño Rojo», dentro de cuyo pa'acio vivió, mas deseando encontrarse con su amado esposo «Ocelotltzin», se hizo acompañar por aquel anciano que había sido un valiente guerrero... ¡Y por fin ambos esposos se encontraban!

«Ocelotltzin» refirió á su adorada esposa sus aventuras á través del mar, y lo que sufrió en «Tlaxcallan» siguiendo á Cortés y á «Xicotencatl», después de un duelo á combate de «macana» con este príncipe, porque se alió con los españoles, Ocelotltzin se dirigió á México, donde volvió á hablar con «Cuahutemoc» y con este gallardo príncipe de «Tlaltelolco», que era el más valiente y heroico *tecuhtli* de las «mexicas», paseó por el lago en diversas expediciones, hasta que en una de ellas se descubrió que otros guerreros que iban en la canoa, trataban de traicionar al joven «Cuahutemocztzin» (2). «Ocelotl» le ayudó á vencerlos, pero cayó ensangrentado á las aguas del lago, á la luz de la luna... ¡Iba á perecer, cuando lo salva un pobre pescador con riesgo de su vida!...

1) Léase el episodio trágico de grandísimo interés titulado «El amor en la hoguera».

(2) Léase «La barca de la traición».

Después supo, por haberse encontrado en el pórtico del palacio de «Moctecuhzoma», que éste salía preso, en andas llevadas por sus nobles de guardia, escoltado por capitanes es-



pañoles, espada en mano, hacia el palacio de éste. Los siguió y bien pronto pudo comprender toda la infamia y cobardía de su emperador.

Momentos después lo sabía todo el pueblo...

y cuando iban á libertar á Moctecuhzoma él, sabiendo que aquello había de ser torpe, vil y sin resultados, había hablado á las muchédumbres... Lo demás, ya lo saben mis lectores.

Tal fué lo que se contaron uno á otra el «Ocelotltzin» y la bella hija de «Moctecuhzoma», mientras con júbilo y puro amor se dirigían al humilde «xacal» donde vivía el anciano que vigilaba á la gentil princesa.

Lo que iba á suceder después de la prisión del gran *Tecuhtli* del imperio azteca, era tan terrible, que todo el pueblo lo presentía, acrecentando su odio á los conquistadores del rostro blanco y de la barba de selva...

¡Pobre «Moctecuhzoma Xocoyotzin!»

FIN